

Reseñas de Libros / Book Reviews

Alcalde, Ángel, *Los excombatientes franquistas (1936-1965). La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, 411 pp.

Por Miguel Ángel del Arco Blanco
(Universidad de Granada)

La obra objeto de esta reseña se ocupa de los excombatientes franquistas desde la guerra civil hasta los últimos años del régimen de Franco (1936-1965). Y, antes de precisar más su línea argumental o su desarrollo, es pertinente encabezar esta reseña señalando que se trata de una publicación es del todo necesaria. En primer lugar porque, abordando esta temática, subsana un vacío en nuestra historiografía, cada vez más conectada con el panorama internacional: el de lanzarse al estudio de los excombatientes de nuestras guerras y, en este caso, de la guerra civil y de los que lucharon en el bando insurgente. Mas es una obra también necesaria porque supone una aportación fundamental al estudio de los apoyos sociales de la dictadura del general Franco; hasta ahora muchos historiadores se han ocupado de cuestiones como el personal político, las actitudes sociales de la población, los mecanismos generadores de adhesión o consentimiento, pero nunca lo habían hecho de un sector tan fundamental en la construcción y supervivencia del franquismo como fue el de los hombres que combatieron por él en las trincheras de la guerra civil.

Ambas apreciaciones colocan a la obra de Ángel Alcalde en una posición destacada. Pero existen otros motivos que la hacen merecedora de nuestra lectura. Uno de ellos puede ser, por ejemplo, el empleo de categorías analíticas plenamente consolidadas en la historiografía nacional, tales como el concepto de “cultura de

guerra”. También es de señalar la metodología empleada, recurriendo como algunos historiadores al análisis del discurso tanto de las altas instancias del régimen como de los propios excombatientes franquistas, acercándose de este modo a sus identidades, fraguadas durante la contienda y en los años subsiguientes. Otro motivo que hace brillar la obra es, siempre a nuestro juicio, la cantidad de fuentes empleadas. Alcalde maneja con soltura memorias de excombatientes publicadas durante la guerra, la posguerra, los años cincuenta, el final del franquismo o la democracia; pero además vuelca en su obra un ingente material hemerográfico, producto del análisis de periódicos como *Arriba*, pero también revistas y folletos de época hasta ahora poco conocidos. A todo esto hay que añadir un notable material archivístico, destacando sin duda el fondo de la Delegación Nacional de Excombatientes, hasta ahora inédito.

No obstante, lo que siempre pone en valor a un libro son sus conclusiones, las aportaciones más interesantes que realiza. Resulta difícil resumir aquí cuáles son las principales, por lo que nos limitaremos a dos principales. La primera es que, en efecto, existió una “identidad excombatiente”, forjada mediante la “experiencia de guerra” que daría pie a una “cultura de guerra” compartida por los excombatientes durante todo el franquismo; ésta última, no obstante, fue mutando, siendo domeñada y empleada por el régimen para sus propios fines. En segundo lugar se demuestra –y se explica– algo no menos importante: que los excombatientes franquistas fueron base esencial de los apoyos sociales del régimen, algo que no sólo se logró por las comunes experiencias vividas, sino también por los discursos del franquismo y por las prebendas y reconocimientos que la dictadura tendría con ellos en muchos casos; así, a pesar de su mayor o menor adhesión o movilización en un momento u otro, siempre fueron firmes defensores del

“espíritu del 18 de julio” y de Franco mismo.

Todas estas conclusiones son producto, como es lógico, de una afinada metodología, un empleo ágil de las fuentes, y de un desarrollo temático coherente. El libro se estructura en cuatro grandes capítulos: la guerra civil, la posguerra, la guerra fría (años cincuenta) y los años de la “paz de Franco” (primeros años sesenta). Quizá los más brillantes sean los dos primeros. En el de la guerra civil se ocupa de esta marcha al frente (Alcalde considera como excombatientes tanto a los voluntarios como a los soldados conscriptos de la “Cruzada”): fue allí donde, siempre en contacto con la violencia, vivieron una “experiencia de guerra” que actuaría como “rito de paso”, germinando entonces su identidad. Es en estas páginas donde brillan más voces y testimonios de los excombatientes y donde, en efecto, se certifica que aquella fue una hora especial que, aunque fuese recordada de forma heroica y algo mítica en los años siguientes, los cambió para siempre, vinculando su destino al de la dictadura franquista.

El capítulo de la posguerra bascula más hacia un análisis institucional de la Delegación Nacional de Excombatientes (DNE) y de las políticas del régimen hacia sus voluntarios. Empero, estas páginas no consisten en la narración de una monótona historia institucional sino que, en cambio, desvelan la capacidad del franquismo para desmovilizar a los antiguos “cruzados” y ponerlos al servicio de sus intereses políticos. El libro aborda políticas sociales desarrolladas pensando en mutilados y excombatientes, concediéndoles una paga por desempleo y, lo más importante, gestionando su privilegiada colocación profesional. Se constituyó para ello la DNE que, siempre bajo la influencia de Falange, se ocuparía de garantizar la fidelidad política de los excombatientes y de asegurar su futuro profesional. Aunque en este sentido Alcalde afirma que las labores de las autoridades franquistas para reincorporar a los excombatientes al trabajo fue un fracaso, dado que muchos de ellos quedaron sin empleo y desamparados, pensamos que quizá no lo fue tanto: como él mismo afirma ya en octubre de 1939 habían sido colocados más de 300.000 soldados desmovilizados, sumando los parados unos 90.000 (p. 156); en el brutal contexto socioeconómico de los años cuarenta que comenzaban, esas cifras no eran nada negativas,

encontrando la mayoría de ellos una colocación, asegurando su futuro, el de sus familias... y el del régimen.

En el análisis de los años de posguerra hay tiempo, entre otras cosas, para analizar dos importantes cuestiones. En primer lugar, la participación de muchos españoles en la División Azul y, a partir de entonces, su integración en el grupo de los excombatientes y, por consiguiente, en el disfrute de sus privilegios. Pero también se señala otra cuestión clave que en otros estudios ya había sido apuntada: se certifica la participación destacada de los excombatientes en el entramado institucional central, provincial y local, formando parte de esos “hombres nuevos” que coparon el Estado tras la guerra civil, y que coexistieron con unos minoritarios cargos con experiencia política previa. La guerra fue, como demuestra Alcalde, una marca vital para construir el franquismo y reclutar a su personal político.

No son menos interesantes los capítulos dedicados a los años cincuenta y sesenta. Aunque los días de la guerra parecían quedar ya lejos, y las nuevas generaciones mostraban un cada vez mayor desapego por aquellas narrativas heroicas y mitificadoras de la “Cruzada”, también entonces los excombatientes fueron útiles para los intereses políticos del régimen. En estos capítulos el acento se pone más en la evolución institucional, así como en los discursos políticos del régimen sobre el movimiento de excombatientes. Ello es lógico porque, en gran parte, las políticas sociales de la dictadura ya habían sido trazadas o se habían hecho efectivas en la posguerra (no obstante, Alcalde ofrece algunos ejemplos increíbles de las recomendaciones, enchufes y descarados amiguismos de la DNE durante los cincuenta). Así, durante los años de la guerra fría, el franquismo sacó a escena a los excombatientes, apelando a ser los primeros héroes que lucharon contra el comunismo (el Congreso Nacional de Excombatientes de 1952 es un buen ejemplo, azuzando la llama de la revitalización del movimiento en los años que siguieron). En los sesenta, cuando se celebraban los XXV años de “paz”, también jugaron un papel relevante, pero ahora como los “honrados” hombres cotidianos que habían traído la “paz” a su “Patria” (su equiparación con los combatientes europeos antifascistas en el “Congreso Europeo de Excombatientes” de 1963 fue una estrambótica

manipulación histórica al servicio de Franco).

El régimen franquista, con su siempre sorprendente capacidad de adaptación, también recurrió a finales de los cincuenta y principios de los sesenta a los excombatientes. Consciente del decaimiento del movimiento y de los cambios sociales y económicos, la dictadura permitió e incluso alentó la creación de asociaciones de excombatientes (Hermandad de Alféreces Provisionales, organizaciones provinciales de excombatientes, etc.), siempre bajo la atenta mirada del Estado. Empleó a las asociaciones de los ya viejos voluntarios, por ejemplo, como contraposición de las huelgas asturianas de 1962, así como en concentraciones puntuales. No obstante, el estudio se detiene en 1965, dejando para futuros análisis lo sucedido detrás de esa fecha; pero como el propio autor apunta, el movimiento de excombatientes (sin duda existente en los estertores del franquismo) sería un aliado estrecho de las políticas más inmovilistas y antidemocráticas del último franquismo y de la Transición. Las olas de la cultura de guerra que les dio vida llegaban hasta más allá de la muerte de Franco.

Candina, Azún, *Por una vida digna y decorosa. Clase media y empleados públicos en el siglo XX chileno*. Santiago de Chile, Universidad de Chile, 2009, 107 pp.

Por Marcelo Valenzuela Cáceres
(Universidad de Concepción)

La obra de Azún Candina que reseñamos a continuación, corresponde a un avance de su futura tesis doctoral. Cualquier investigación concerniente a las clases medias se agradece en el circuito historiográfico chileno debido a los escasos estudios realizados en dicha temática. La nueva historia social de los años ochenta ha tenido una mayor preocupación por la clase obrera, los pobladores, las mujeres y los pueblos originarios, olvidando a los sectores medios. La investigación de Azún Candina se concentra en los empleados públicos chilenos, uno de los grupos calificados como parte de la clase media chilena, es decir, de esa jungla gris de profesionales liberales, comerciantes, pequeños y medianos empresarios, obreros bien pagados, profesores de distintas estirpes y dependientes varios.

El texto profundiza los distintos rasgos de ser clase media, por ejemplo, el empleado público por su ámbito social y cultural no pertenece a la clase obrera y tampoco a la oligarquía, teniendo una identidad y pertenencia ambigua. Uno de los primeros hechos culturales que saltan a la vista es que este asalariado de cuello blanco no se correspondía (ni se corresponde aún) con ninguna de las identidades asentadas y reconocidas en ese Chile de aire colonial y campestre al que nos han acostumbrado a ver, depositario de las más atávicas (y por lo tanto, “verdaderas”) identidades patrias o nacionales entendiendo a la nación, entre otras cosas, como una comunidad imaginaria donde, por ejemplo, el pije y el roto ya tenían su lugar claro.

Otra característica de este sector social -la constituye- sus constantes demandas salariales para poder disponer una vida digna. Las primeras agrupaciones de empleados estatales surgieron en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del siglo XX, como la Sociedad de Empleados de Comercio de Santiago (1887), la Sociedad de Empleados de Aduanas (1910), la Asociación de Telegrafistas de Santiago (1912) y la Federación de Empleados de Antofagasta (1919). El historiador Jorge Barría Serón ha destacado que la organización de los empleados públicos y particulares empezó a cobrar fuerza en la década de los veinte, mencionando a la Unión de Empleados de Chile (UECH), que agrupó organizaciones mutualistas de empleados, dicha organización fue abolida con las leyes sociales de septiembre de 1924.

La legislación laboral surgida con el alzamiento militar de 1924 y unificada por Carlos Ibañez del Campo a través del Código del Trabajo en 1931, marcó una distancia entre obreros y empleados, diferenciando entre quienes se dedicaban al trabajo manual (obreros) y al intelectual (empleados), señalando que debían formar agrupaciones separadas y con diferentes características. Esta legislación impedía formar sindicatos a los empleados públicos, la estrategia para superar este escollo fue empezar por la cultura y el deporte para fomentar una asociatividad que diera base a una propuesta propiamente política y gremial. En enero de 1938, nació la Asociación Deportiva de Instituciones Públicas (ADIP), que dirigentes posteriores, como